

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Jorge Orlando Correa Pérez

“La máquina de sumar”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 68, abril-junio de 2024, pp. 132-133.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México

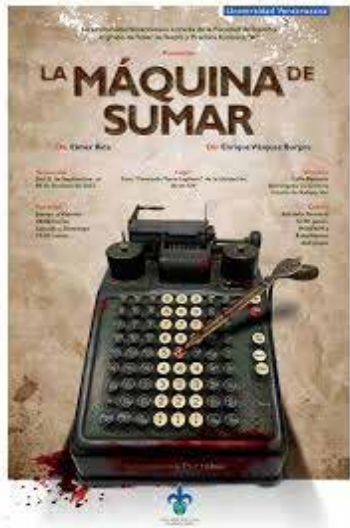


Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

La máquina de sumar

Jorge Orlando Correa Pérez



Basta prestar atención a las miradas que suben al transporte público: estamos cansados y al borde de la histeria. Efectos del capitalismo. Pregúntale a quien quieras: todo el mundo odia trabajar. Al jefe no le importan los empleados, a la empresa no le importa el jefe, al capital no le importa que una empresa quiebre. Todo se consume en pro de generar ganancias: números. Y todo se ordena en números: horarios, fechas, sueldos, estadísticas, bajas, altas, los eternos días que faltan para una jubilación.

Esto es lo que pienso, mientras las luces rojas caen sobre los actores semidesnudos, tirados con el cuerpo flojo, a lo largo y a lo ancho del escenario, como si conformaran un pantano sangriento. La obra se titula *La máquina de sumar*, fue escrita por el dramaturgo estadounidense Elmer Rice en 1923, y esta vez es interpretada por estudiantes del Taller de Teatro y Práctica Escénica “A”, de la Facultad de Tea-

La máquina de sumar (1923) de Elmer Rice; director Enrique Vázquez Burgos; Taller de Teatro y Práctica Escénica “A”, Facultad de Teatro UV; Foro Fernando Torre Lapham, Unidad de Artes; temporada septiembre-octubre, 2023.

Cada personaje se mueve de manera independiente, como desarrollando una subescena dentro de la que ahora ocurre. Los movimientos de los actores me parecen exagerados; sus actitudes sobreactuadas y sus voces fingidas. Son registros estrambóticos. Una metáfora satírica del rol que juegan las personas en la sociedad.

tro, en el Foro Fernando Torre Lapham, de la Unidad de Artes de la Universidad Veracruzana.

Tengo que prestar atención no solo a la actriz que ahora habla, sino también al resto del elenco. Cada personaje se mueve de manera independiente, como desarrollando una subescena dentro de la que ahora ocurre. Los movimientos de los actores me parecen exagerados; sus actitudes sobreactuadas y sus voces fingidas. Son registros estrambóticos. Una metáfora satírica del rol que juegan las personas en la sociedad. Un rol que exige excelencia, que harta, que es un papel: ser una esposa ejemplar, un trabajador ejemplar, un amigo siempre listo para cuando lo necesitan.

Ahora, un ama de casa grita a su esposo lo cansado que es mantener la ropa siempre bien doblada, la sonrisa puesta, ser amable todo el tiempo. El esposo, abatido por el trabajo, escucha con furia.

Con ganas de callarla. Con odio en los puños.

El ambiente se crea con *soft-jazz*, música electrónica, o *soundtracks* que bien podrían ser de comerciales para productos como pastas de dientes o electrodomésticos. Esto da la sensación y la idea de publicidad, de productos en serie. La vestimenta uniforme de los personajes también. Todos y todas son réplicas: para los hombres, pantalón y camisa; para las mujeres, batas. El fondo negro, como un abismo, termina por darme la idea de que todo ocurre en un limbo ineludible; en el claustro que resulta ser la vida “útil” para el sistema.

Pero ahora Número cero, dueño de una empresa, realiza un despido. Número cero habla con los ojos por completo abiertos, mueve sus brazos como si fueran tentáculos, camina con las rodillas apenas dobladas. Mientras esto ocurre, el elenco la hace de coro y de escenografía, alzan los



Mariana Pineda (1966). Foto: Archivo Orteuv

brazos, mueven la cabeza, gesticulan, como una interpretación emocional de la conversación. El despido es injusto. El empleado no faltó un solo día al trabajo. Escucha cómo lo mandan a la calle y quisiera golpear al jefe, matarlo; su rostro, como los puños cerrados, figura ira.

Todos hemos sido este empleado, de alguna manera. Un desecho para el mundo. Una nada por no producir. Por no sentirse valorado. Y somos tantos quienes quisiéramos cobrar venganza. Lo vemos todo el tiempo en noticias sobre despidos masivos. Empresarios que se adueñan de terrenos y despojan a pobladores de sus hogares. Fuerzas de interés sobre el diario vivir de quienes solo quieren una oportunidad.

El final de la obra es una especie de coloquio de asesinos en un inframundo. El espacio es for-

mado por los movimientos vertiginosos en los personajes; es decir, los cuerpos van de un lado a otro como un cardumen asustado. Cada uno cuenta la historia de cómo fue asesinado. El ambiente huele a sudor, la temperatura aumenta y pienso que esto le viene bien a la obra. Al final habla de cansancio, de cuerpos llevados al extremo.

El cierre de la obra es con aplausos. Casi dos minutos de vítores. Somos un público no mayor a treinta personas. Pienso que debo darme prisa para tomar el camión, antes de que pase el último. Son las 9:20 de la noche.

Asimilo: creo que fue una interpretación interesante, que logra sacar risas y tensionar al público, pero fue la misma sobreactuación de los estudiantes la que, por momentos, hizo que el ritmo de las escenas se tornara un tanto mo-

nótono. En más de un diálogo me pregunté si el exagerar las voces todo el tiempo era necesario. Tal vez un descanso de ese estilo de actuación hubiera sido favorable para que las escenas resultaran más efectivas. Como sea, la disfruté.

Voy de camino a casa. Sí alcancé camión; uno verde que me llevará a la avenida Presidentes. Casi no hay lugares. Aquí huele también a sudor, a gente que ha caminado mucho hoy. Presto atención a las paradas. No tengo asiento. Miro al hombre de pie junto a mí. Su rostro, con las cejas juntas y la quijada tensa, parece decir “yo también podría matarte”. **LPyH**

Jorge Orlando Correa Pérez (Chetumal, Q. Roo, 1992) es autor de *Ya no hay fechas importantes*. Estudia Lengua y Literaturas Hispánicas (UV).